

MÁS GRANDE POR DENTRO QUE POR FUERA

Mark Z. Danielewski propone una experiencia de lectura diferente en “La casa de hojas”, una ambiciosa novela de terror que trastoca el género y lo trasciende con diversos experimentos formales.

La casa de hojas, de Mark Z. Danielewski (Nueva York, 1966) demoró 13 años en aparecer en castellano: nadie estaba dispuesto a asumir los esfuerzos de traducción y edición que supone publicar una novela así. Finalmente, salió en España –con gran interés de la crítica– gracias al trabajo de las editoriales Alpha Decay y Pálido Fuego; el solvente traductor es Javier Calvo.

Basta hojear sus 710 páginas para apreciar lo titánico de esta coedición. **La casa de hojas** es un libro de diagramación no convencional, intransferible –por ahora– al formato electrónico. Resulta inevitablemente posmoderno (y, quizás por eso, un tanto *demodé*) en su manera de licuar toda clase de variantes visuales: hay diferentes tipografías alternadas, según qué narrador escribe; hay párrafos invertidos, espejados, tachados, inclinados; hay cajas de texto con distintas formas, marcos, orientaciones y tamaños; hay páginas con una sola línea, y otras cargadísimas de letra enana; hay textos en Braille, pentagramas musicales, esquemas, fórmulas físicas, guiones de cine, poemas, cartas, historieta, fotos, colajes; hay tintas de colores (la azul, siempre, para la palabra “casa”, sin importar dónde aparezca ni en qué idioma).

¿Caprichos? A veces lo parecen, pero en la mayoría de los casos esas piruetas apuntalan el sentido de la historia, sintetizable en cuatro círculos concéntricos: 1) Johnny Truant, un tatuador de Los Ángeles limado por las drogas y la vida, explora los papeles de Zampanò, un vecino viejo y ciego, que acaba de morir. 2) Así como Truant se obsesiona con esos papeles, en ellos Zampanò dejó constancia de su propia obsesión: un documental, **El expediente Navidson**, sobre el que escribió un ensayo erudito, plagado de citas y referencias. 3) El documental fue rodado años antes por Will Navidson, ex fotoperiodista, en una casa de Virginia a la que se mudó con su familia. 4) La casa de Ash Tree Lane evidenció una anomalía: algunas habitaciones resultaban más

grandes por dentro que por fuera. Cuando en una de las paredes apareció una puerta hacia un amenazante pasillo negro (sin que por fuera la casa mostrase ninguna alteración), el documental de Navidson se volcó a la exploración de ese nuevo territorio, cada vez más extenso: un misterio oscuro, helado e insondable.

En resumen: notas erráticas y digresivas (de Truant) sobre un ensayo pormenorizado (de Zampanò) sobre un documental inquietante (de Navidson) sobre un lugar aterrador (la casa). En esta mediación de fuentes sucesivas para el relato –y también en el supuesto registro documental–, la novela se relaciona con una película estrenada poco antes de su publicación: **El proyecto de la bruja de Blair**. Si bien la estructura y sus artificios visuales atraen en primera instancia al lector, es la historia de la casa y su exploración la que interesa una vez que se ha superado la sorpresa formal. Sin embargo, la importancia de dichos experimentos no puede soslayarse: sin esa faceta crucial, **La casa de hojas** sólo sería una (llana) historia de terror más sobre el tópico de la casa “embruja” o “encantada”.

Borgeswsky

Si Danielewski fuera hoy un joven escritor argentino buscando editor en nuestro país, estimo que varios rechazarían su novela por ser “demasiado borgeana”. Entre nosotros, esa influencia es muy evidente: narrativa fundida con ensayo, laberintos, espacios que sugieren la idea de infinito, puestas en abismo... Al lector iniciado en Borges le resultarán familiares esos tics; en algunos casos –por ejemplo, en el abundante uso de referencias bibliográficas falsas intercaladas con otras verdaderas–, incluso los sentirá transitados por demás (y no sentirá ni por asomo la necesidad de andar corroborando cada minucia). Borges aparece citado en algún epígrafe; también se ve su cara en uno de los collages del libro.

Otra jugada borgeana: intercalar distintas series de referencias culturales que, en 2000, no podían constatarse tan rápidamente con Google o Wikipedia.

Ese entramado de data externa (cientos de nombres y cabos sueltos diseminados por el autor) favoreció un culto alrededor del libro, fomentando una discusión incansable en foros de Internet. Consultar hoy dichas exégesis puede resultar agobiador tras una lectura que, en sí misma, ya resulta extenuante.

¿Menospreciaría el malicioso Borges (en una cena en casa de Bioy) a su epígono Danielewski? Quizás diría de él lo mismo que dijo sobre Gironde: “como escritor, nunca contó mucho [...]. Creo que a él le interesaba más la tipografía, la imprenta”.

Posibles destinatarios

Hay páginas que fluyen como agua, por centrarse en los hechos de la casa (o por tener muy poco texto en ellas); otras se empantanar por las exasperantes digresiones, por la minucia (o por la tipografía abigarrada). La lectura promedia así una resignada velocidad crucero. Es recomendable no dilatar ese pulso para disfrutar de cierta continuidad y percibir mejor la unidad del conjunto.

Quienes busquen hundirse en una experiencia de lectura diferente, que requiera de ellos constancia y una participación atenta, encontrarán en **La casa de hojas** el laberinto ideal para perderse: como la casa de Ash Tree Lane –y como los buenos libros–, esta novela también es más grande por dentro que por fuera. Para los demás lectores existe la primera línea del libro, un desafío irónico impreso en tipografía Courier, solito en una página blanca. Dice: “*Esto no es para ti*”. ●



La casa de hojas

Mark Z. Danielewski
Novela. Traducción de Javier Calvo.
Pálido Fuego-Alpha Decay,
2013
710 páginas

El misterio insondable de una casa que es mucho más grande por dentro que por fuera (y que a veces cambia de forma) deriva en un documental cuyo culto se expande y obsesiona a sus estudiosos.